

## La importancia de la omnisciencia divina en relación con la Salvación

1. La importancia de la omnisciencia divina se funda en lo siguiente: la mirada que Dios nos dirige no es indiferente, sino, como lo demuestran los textos de la Escritura transcritos en el § 81, una mirada del amor creador y del juicio vindicatorio. Ser conocido por Dios, sin más adiciones, significa, según la Sagrada Escritura, ser reconocido, amado, protegido y elegido: *Gen.* 1, 31; 18, 19; *Ex.* 33, 12; *Deut.* 1, 13-15; *Am.* 3, 2; *Os.* 13, 5; *Ier.* 1, 5; *Iob* 31, 6; *Prov.* 31, 23; *II Tim.* 2, 19 (el Señor conoce a los suyos); *I Cor.* 8, 3 (el que ama a Dios, es conocido por Él); 13, 12 (entonces conoceré como soy conocido); *Gál.* 4, 9 (en otros tiempos no conocíais a Dios y servíais a los dioses, los cuales en realidad no existen. Ahora conocéis a Dios; mejor dicho, sois conocidos por Él). Véase *Wörterbuch zum Neue Testament* (Kittel), I, 698, 705, 709. El conocimiento con que Dios abarca a los hombres establece una relación entre ambas partes. Como quiera que Dios sólo conoce bajo la forma de Padre, Hijo y Espíritu, el conocimiento con que conoce al hombre comunica a éste la participación en la vida divina trinitaria. Aquí manifiesta el amor divino su fuerza creadora. En los afectados por ella se convierte en luz mediante la cual el hombre puede comprender y afirmar la Revelación sobrenatural.

2. Estar en la mirada de Dios quiere decir, con respecto a nosotros, que no estamos perdidos en la inconmensurabilidad de la Naturaleza, la cual no nos conoce y a la que no conocemos, la cual es fría e indiferente en lo que concierne a nuestra suerte y ante cuyos poderes experimentamos sentimientos de miedo y terror.

Pascal expresa esto de la siguiente manera: «Cuando reflexiono sobre la corta duración de mi vida perdida en una eternidad precedente y subsecuente (tiempo-eternidad), y el exiguo espacio que ocupé..., entonces me estremezco y me admiro, no sabiendo por qué me encuentro precisamente aquí y no allí, ahora y no más bien en otro tiempo que ahora. El eterno silencio de estos espacios infinitos hace que me estremezca» (Guardini, *Christliches Bewusstsein*, págs. 79/82).

La mirada amorosa de Dios, siempre fija en nosotros, nos libera del aislamiento y de la melancolía, despertando en nosotros

la conciencia de que estamos a salvo y tenemos una patria, de que nuestra vida no carece de importancia y peso.

3. Además, la mirada amorosa de Dios activa en nosotros las más profundas posibilidades de nuestro ser. Es un llamamiento continuo que nos anima y fortalece, lo mismo que bajo la mirada de un ser querido nos sentimos impulsados a desarrollar todas nuestras fuerzas. La mirada amorosa divina despierta al mismo tiempo en nosotros un sentimiento de miedo para que dejemos de hacer cosas que pudiesen desagradar a Dios. Además, el pensar en la mirada de Dios nos incita a vernos tal como Dios nos ve, sin velamientos ni fingimientos, con veracidad y autenticidad; a juzgarnos y valorarnos según la medida de Dios. Allí llegamos a conocer los más secretos y ocultos motivos de nuestras acciones, a través del complicado tejido de fingimientos, disfraces e inconscientes represiones. Sólo en la luz de Dios llegamos realmente hasta nosotros mismos. En esa luz aparece toda la importancia y fatal trascendencia del pecado, y no tratamos de negarle o de empequeñecerle, sino que le consideramos tal como es y nos apartamos de él para volvernos hacia Dios. Ante la faz de Dios, conocidos por Él hasta en lo más profundo de nuestra alma, nos detenemos y fijamos en nosotros mismos, reconocemos nuestra mezquindad y pecaminosidad, y de esta manera podemos librarnos de ellas. Al huir de ante su faz huímos de nosotros mismos, de nuestro más profundo yo, de nuestra salud y salvación.

La mirada con que nos conocemos nosotros mismos ante la faz de Dios es sólo posible a condición de que Dios nos comunique la capacidad de vernos con sus ojos divinos, es decir, de vernos en la fe. Por otra parte, estando ante la faz de Dios no nos sentimos tentados a juzgar y condenar los motivos de las acciones de los otros, por ser sólo Dios el que ve en el fondo de los corazones.

Acerca de este punto escribe San Agustín: «¿Qué quedaría oculto en mí, para ti, oh Señor Dios mío, aunque no lo confesase, para ti ante cuyos ojos está patente la profundidad de la conciencia humana? Pues sólo te ocultaría a ti ante mí, no a mí ante ti. Ahora bien: siendo mis gemidos testigo de lo mucho que me desagrado a mí mismo, eres tú objeto de mi alegría, de mi amor y de mi anhelo y sólo en ti quiero agradarte a ti y quiero agradarme a mí mismo. Tú, Señor, me conoces tal como soy y ya te he dicho para que confesarme ante ti. Porque no lo hago con la palabra y gritos de la carne, sino con palabras del alma y con el grito de mis pensamientos, conocidos ya por tu oído. Si soy malo, entonces mi confesión ante ti es el desagrado que siento de mí; si soy vir-

tuoso, entonces con mi confesión pretendo atribuirme a mí mismo lo bueno; porque Tú bendecirás al justo, oh Señor, pero antes justificas Tú al que era injusto. Me confieso a ti, oh Señor, en silencio; pero manifestando a gritos los sentimientos de mi corazón. Tampoco digo a los hombres ninguna verdad que Tú no hayas oído antes, ni Tú has oído tal cosa de mí, que Tú no hayas revelado antes» (*Confesiones*, lib. 10, cap. 2; BKV, VII, 216). Consúltese también Newman: «En esto consiste la suprema perfección hasta la cual podemos llegar de ordinario: en reconocer nuestra hipocresía, en confesar nuestra falta de sinceridad y el vacío de nuestro espíritu; cuando rezamos, reconociendo que no podemos rezar, arrepitiéndonos de nuestros actos de arrepentimiento y sometiéndonos a su juicio—porque si bien podría proceder con todo rigor, nos ha manifestado siempre amor tierno, puesto que nos ha enseñado a pedir—, y comportándonos así, aprenderemos que Dios lo sabe todo antes de que podamos decirselo; Él no necesita que le informemos de nuestra suprema indignidad» (Pzywara-Karrer, *Newman*, V, 49).

4. Todo nuestro interior está patente ante los ojos de Dios, cierto, pero no experimentamos ante Él el sentimiento de absoluta desnudez, como sucedería si los hombres nos conociesen de la misma manera. En efecto, al contrario de lo que sucede con la mirada del hombre, la de Dios no es curiosa, concupiscente, rehusante, odiosa, sino comprensiva, amorosa, protectora y consoladora. Sólo en la mirada de su amor creador llegamos a conocernos a nosotros mismos. La mirada amorosa de Dios nos ve en cada uno de los sucesos concretos de la vida y al mismo tiempo abarca toda nuestra vida considerada como totalidad. Y dentro de la importancia de esta mirada, nos comunica ánimo en las adversidades de la existencia. En la *I Io.* 3, 19-22 se describe la fuerza consoladora y bienhechora del conocimiento divino: «Y en eso (en el verdadero amor) conoceremos que somos de la verdad, y delante de Él quietaremos nuestros corazones; porque si nos condenare el corazón..., pues mayor es Dios que nuestro corazón, y conoce todas las cosas. Carísimos, si el corazón no condena, confianza tenemos con Dios, y cuanto le pidiéramos, lo recibimos de Él, pues observamos sus mandamientos y hacemos lo que es grato a sus ojos.» Teniendo en cuenta el contexto, observaremos que el Apóstol quiere animar a los hijos de Dios a que tengan segura confianza y a que abandonen los sentimientos de temor. Aun cuando el corazón nos haga reproches, aunque desde su profundidad surjan la tristeza y la melancolía, podemos tener absoluta confianza. Porque Dios es más grande que nuestros corazones. Él conoce todos sus abismos, sus fracasos y debilidades. Lo conoce todo antes de que lo confesemos y no necesi-



tamos tratar de trivializarlo. Pero porque Él es más grande que nuestro corazón, podemos entregarnos en sus manos con toda confianza. Vence al pecado, la tristeza y la melancolía, el que se entrega a Él con amor. Por eso San Pedro, después de su negación, aludió a que el Señor conocía su amor (*Io.* 21, 15 y sigs.; véase R. Guardini, *Vom lebendigen Gott*, 1930, 73-78; Bonaventura Rebstock, *Gott ist grösser als unser Herz*, en *Benediktinische Monatschrift*, 1937, Heft 9-10; *Homenaje al Abad R. M. Olitor*, páginas 1-13).

Newman escribe (Przywara-Karrer, *Newman*, V, 63): «Nosotros no nos conocemos completamente. Podemos caer en cada momento. Acá y acullá divisamos algo de luz; pero en los esfuerzos que hacen excitar y animar nuestro espíritu parece como si estuviéramos operando con un instrumento fino y peligroso cuyo modo de obrar desconocemos y que puede producir efectos sorprendentes y nocivos. No somos capaces de dirigir nuestro corazón. Dado este estado de cosas, constituirá un consuelo para nosotros el poder elevar nuestra mirada hacia Dios. Tú, mi Dios, me ves. Este es el consuelo de Agar, abandonada en el desierto. Dios sabe para qué hemos sido creados, y sólo Él puede alentarnos. Él ve con terrible claridad todos nuestros pecados y todas las sinuosidades y maquinaciones de nuestra maldad. Pero el saber esto y el saber que podemos contar con su ayuda en la lucha contra nosotros mismos es un consuelo para nosotros. Los que conocen bien su propia debilidad no cesan nunca de pensar en el Todopoderoso, Santificador y Rector de nuestras vidas. Creen en la necesidad de un influjo espiritual que les transforma y fortalece. Esta creencia no es para ellos una teoría puramente abstracta, sino una verdad práctica y sumamente consoladora que muestra su eficiencia en la lucha cotidiana contra el pecado y Satanás.» En la página 13 leemos lo siguiente: «Dios te ve, donde quiera que estés, tal como eres, personalmente, te llama por tu propio nombre. Te ve y te comprende tal como te ha creado. Él sabe todo lo que hay en ti, tu propio y peculiar modo de pensar y de sentir, tus disposiciones y deseos, tus fuerzas y debilidades. Él te ve en el día de tu tristeza y en el día de tu alegría. Él siente contigo en todas tus esperanzas y pruebas. Toma parte en tus miedos y recuerdos, en las subidas y caídas de tu existencia. Dios está alrededor de ti y te lleva en sus brazos, te levanta y te baja. En los rasgos de tu semblante ve si sonríen o si están humedecidos por las lágrimas, si la salud les hace florecer o si la enfermedad les marchita. Mira con ternura tus manos y tus pies. Dios oye tu voz, oye los latidos de tu corazón y hasta tu aliento. Tú no te amas a ti mismo más de lo que Él te ama. No necesitas sufrir más dolores que los que Él sabe que tú puedes soportar; y cuando te impone un dolor es como si tú mismo te lo impusieses—siendo prudente—, para el crecimiento de tu Salud.»